

CAPÍTULO IX.

De qué manera aplican los americanos la doctrina del interes bien entendido en materia de religion.

Si la doctrina del interes bien entendido no mirase sino á este mundo , á la verdad no seria suficiente ; pues hai un gran número de sacrificios que no pueden hallar su recompensa sino en el otro, y por grandes esfuerzos que se hicieran para probar la utilidad de la virtud, seria siempre difícil hacer vivir bien á un hombre que no quisiese morir.

Es , pues , necesario saber si la doctrina del in-

terer bien entendido puede conciliarse fácilmente con las creencias religiosas.

Los filósofos que la enseñan dicen á los hombres que para ser felices en la vida deben vigilar sus pasiones y reprimir con cuidado su esceso; que no puede adquirirse una felicidad permanente sino renunciando mil goces pasajeros y que es preciso, en fin, triunfar incesantemente de sí mismo para servirse mejor.

Los fundadores de casi todas las religiones se han expresado poco mas ó ménos del mismo modo: sin indicar á los hombres un camino distinto, no han hecho sino apartar el fin, y en lugar de colocar en este mundo las recompensas de los sacrificios que imponen, la han puesto en el otro. Sin embargo, rehusó creer que todos aquellos que practican la virtud por espíritu de religion no obren sino con la esperanza de una recompensa.

He encontrado cristianos zelosos que se olvidaban sin cesar de sí mismos á fin de trabajar con mas ardor en beneficio de todos; y les he oído decir que no obraban así sino por merecer los bienes del otro mundo; pero no puedo dejar de pensar que se engañan á sí mismos, y los respeto demasiado para creerlos.

Es verdad que el cristianismo nos dice que es preciso preferir el prójimo á sí mismo para ganar



el cielo; pero tambien nos enseña que se debe hacer el bien á sus semejantes por el amor de Dios. Hé aquí una bella espresion; el hombre penetra por su inteligencia en el pensamiento divino; ve que el objeto de Dios es el órden; se asocia libremente á este gran designio, y sacrificando sus intereses particulares á este órden admirable de todas las cosas, no espera mas recompensa que la satisfaccion de contemplarle.

No creo que el solo móvil de los hombres religiosos sea el interes, pero me parece que es el medio principal de que se sirven las religiones mismas para conducir á los hombres; y no dudo que este es el lado por donde ellas se apoderan de la multitud y se hacen populares.

No veo, pues, claramente por qué la doctrina del interes bien entendido habria de separar los hombres de las creencias religiosas; y me parece, por el contrario, descubrir el modo como los acerca á ellas.

Supongo que para alcanzar la felicidad de este mundo, un hombre resista en todas ocasiones al instinto y racione con calma sobre todos los actos de la vida; que en lugar de ceder ciegamente al ímpetu de sus primeros deseos, aprenda el arte de combatirlos, y se habitúe á sacrificar sin esfuerzos el placer del momento al interes permanente de toda su vida.



Si un hombre semejante tiene fe en la religion que profesa, no le costará mucho sujetarse á las mortificaciones que ella impone. La razon misma le aconseja hacerlo, y la costumbre le ha preparado con anticipacion á sufrirlo. Si tiene dudas acerca del objeto de sus esperanzas, no se detendrá en ellas, y juzgará prudente arriesgar algunos de los bienes de este mundo para conservar sus derechos á la inmensa sucesion que se le promete en el otro.

« No hai mucho que perder, ha dicho Pascal, « equivocándose en creer que la religion cristiana « es verdadera; pero ; qué desgracia no seria el « equivocarse creyéndola falsa ! »

Los americanos no afectan una total indiferencia por la otra vida ni desprecian con pueril orgullo los peligros de que esperan sustraerse. Practican su religion sin rubor y sin debilidad; pero se ve ordinariamente hasta en medio de su zelo un no sé qué de reposo, de método y de cálculo, que parece que es su razon mas bien que el corazon la que los conduce al pié de los altares.

No solo profesan los americanos por interes su religion, sino que aun ven en este mundo el interes que se puede tener en seguirla. En la edad media los sacerdotes no hablaban sino de la otra vida, y apénas se fijaban en probar que un cristiano sin-



cero podia ser feliz en este mundo. Mas los predicadores americanos se dirigen sin cesar á las cosas de la tierra, y con dificultad apartan de ella sus miradas. Para conmover mejor al auditorio, le hacen ver cada dia de qué modo las creencias religiosas favorecen la libertad y el órden público, y frecuentemente sucede que es difícil saber, al oírlos, si el objeto principal de la religion es procurar la eterna felicidad en el otro mundo, ó el bienestar en el presente.

I.

17

